

Capítulo 1

En el que se intenta presentar a la protagonista al amable lector que no conoce los tomos 1 y 2 de la historia.

Margerethe Maria Sackmeier, apodada Gretchen, tenía diecisiete años, ojos grises como los cantos de un río, cabello castaño claro y una diminuta naricilla. Medía un metro y sesenta centímetros. Su cuerpo estaba todo él muy bien formado. A Gretchen se la podía calificar —objetivamente hablando— de «muy guapa» y —subjetivamente hablando— como tal se consideraba ella misma.

El padre de Gretchen era apoderado de una fábrica de pastas alimenticias y su trabajo estaba bien remunerado. La madre de Gretchen era trabajadora social y su trabajo estaba mal remunerado.

El hermano de Gretchen, Hänschen, era un muchacho gruñón de quince años, con problemas de todo tipo. La hermana de Gretchen, Mädi, era una niña cargante de nueve años, sin problemas.

Gretchen vivía con sus padres y hermanos en sólida armonía familiar recientemente recompuesta. Recompuesta, porque hacía tres años esa armonía se había roto por completo al separarse los padres de Gretchen después de muchas peleas. La madre se había ido a vivir con Gretchen y Mädi a casa de su amiga Marie-Luise. Hänschen se quedó con su padre. Voluntariamente. Y Gretchen estaba convencida de que el matrimonio de sus padres se había deshecho y era inútil todo esfuerzo por rehacerlo.

—No hay nada que hacer —le había explicado Gretchen a su amiga Gabriele—. Es mejor olvidarlo. Sencillamente, mi madre ya no congenia con mi padre. Nunca volverán a llevarse bien. Mamá ha cambiado mucho.

Realmente la madre de Gretchen había cambiado mucho. Había adelgazado veinte kilos y se había transformado en una mujer esbelta y bella. Había aprendido una profesión que le gustaba y

estaba orgullosa de no ser solo «ama de casa». Su mentalidad era completamente distinta. Como suele decirse, se había emancipado. Y de una manera radical.

—En cambio papá, por desgracia, no se ha emancipado —había comentado Gretchen a su amiga Gabriele—. Papá sigue anclado en el cómico papel de hombre que aprendió hace veinte años. Y aunque ha intentado cambiar, no lo consigue.

Hänschen había tenido la culpa de que los padres de Gretchen volvieran a unirse y trataran de vivir en armonía familiar. No era fácil cuidar de Hänschen y a su padre no se le daba bien, sobre todo en el aspecto psíquico. Hänschen se había vuelto cada vez más difícil, más atravesado, más cerrado y, también, más gordo. Y su madre cada vez tenía más remordimientos, pues culpaba a su marcha del hogar familiar de la extraña evolución de su querido hijo. Quiso llevarse con ella a Hänschen, pero Hänschen se había negado. ¡Hänschen era un pequeño macho! Quería recuperarse a su «antigua mamá». Con la «nueva» estaba muy enfadado. En su opinión, su madre había sido

engañada por el demonio, encarnado en la amiga Marie-Luise. Y ¿quién iba a querer vivir como huésped en casa del demonio?

Ya que una buena madre no puede ser feliz si uno de sus hijos lo pasa mal, la madre de Gretchen decidió recomponer su matrimonio. Con esto también se aseguraba para ella misma ciertas ventajas, como había reconocido francamente a Gretchen. La esposa del apoderado bien pagado de una fábrica de pastas alimenticias tenía sin duda una vida más desahogada que una mujer separada con escasos ingresos y una pensión igualmente escasa.

Gretchen no sabía hasta qué punto sus padres habían reanudado su vida conyugal. Se inclinaba a creer que vivían juntos como hermano y hermana, exclusivamente por el bien de la familia. Pero a veces ponía en duda esta suposición. Algunos indicios la contradecían. En cualquier caso, Gretchen no cavilaba mucho sobre la vida íntima de sus padres, primero porque era discreta por naturaleza y segundo porque ella tenía sus propios quebraderos de cabeza amorosos, que cubrían con creces sus necesidades de índole sexual.

Los problemas amorosos de Gretchen se debían a una circunstancia que en sí misma era satisfactoria. Gretchen constituía una pieza muy codiciada. Y dos muchachos en especial se disputaban desde hacía años sus favores. Uno era Hinzl, un chico agradable, de natural apacible. El otro era Florian Kalb, un compañero de clase, de natural menos apacible, pero más conforme a las exigencias de Gretchen. Era el muchacho más guapo de la clase. Según su amiga Gabriele, que tenía buen ojo para la belleza masculina, incluso el más guapo de todo el instituto. A Gretchen no le habría importado lo más mínimo tener relaciones sentimentales tanto con Hinzl como con Florian. Se consideraba capaz de ello. Pero los chicos no estaban de acuerdo. Florian mostraba constantemente sus pretensiones de posesión exclusiva y Hinzl exteriorizaba constantemente su temor a perderla. Dicho de forma menos experta: los dos eran tremendamente celosos.

Gretchen tenía que sufrir estos celos y había llegado a la amarga conclusión de que un doble amor no produce necesariamente un doble placer. Hacía años que trataba de poner en claro sus sen-

timientos y decidirse por uno de los dos chicos. Impedía sobre todo esta decisión la idea fija que tenía Gretchen de que, una vez tomada, no le quedaría más remedio que acostarse con el chico elegido. Y no tenía ninguna gana de hacerlo. Por otra parte, se decía a sí misma, esta falta de ganas no era muy normal a su edad. En resumen, la problemática amorosa se había convertido para Gretchen en un nudo gordiano que no lograba desatar. Los diversos consejos que le daban personas conocedoras de sus problemas eran tan contradictorios que no le servían de ninguna ayuda.

En el instituto le iba bien a Gretchen. Ya no aprendía mucho, pero había sido durante tantos años la mejor de la clase que sus fallos no llamaban la atención de los profesores. Estos la seguían considerando un «talento» y «aplicada» y así lo hacían constar en las notas. Si Gretchen no respondía satisfactoriamente a las preguntas de los profesores, estos, en su antigua convicción, lo atribuían a un mal día de Gretchen. Esta injusta benevolencia de los profesores hacia ella disgustaba solo moderadamente a sus compañeros, que no por ello le

tenían manía, lo que demuestra lo querida y estimada que era Gretchen Sackmeier.

De la vida pasada de Gretchen hay que recordar también los años en que había estado muy gorda. Todos los miembros de la familia Sackmeier habían sido increíblemente gordos. Tanto que el hijo de los vecinos, un tal Konni, los llamaba «los sacos». Pero Gretchen había perdido, al mismo tiempo que su madre, toda la grasa sobrante y, a diferencia de su madre, para ello no había tenido que pasar hambre. Los diversos miembros de la familia Sackmeier no estaban de acuerdo en cuál era el secreto motivo por el que la gordura de Gretchen había desaparecido. La madre opinaba que la grasa acumulada durante los años de inactividad de la infancia de Gretchen se había disuelto al adoptar esta una forma de vida más activa y movida. El padre pensaba que Gretchen se había contagiado del afán de la madre por estar delgada. Y murmuraba en secreto: «Probablemente vomita a escondidas todo lo que come. Esto debe de estar de moda entre las mujeres. Se puede leer en cualquier revista».

Su hermano Häschen sospechaba lo mismo de Gretchen y llevaba muy a mal su delgadez. Häschen era de esta opinión: «Cuando todos estábamos gordos, éramos una familia feliz. Todas nuestras desgracias comenzaron cuando mamá adelgazó». De lo que Häschen deducía: quien adelgaza es malo, porque pretende destruir la felicidad de la familia. Así, Häschen veía en la esbelta figura de su hermana una traición a la familia y tenía miedo. Se daba cuenta de que la armonía familiar había sido rehecha solo a duras penas. Temía que volviera a resquebrajarse y le parecía que la gordura era un excelente lazo de unión. Todo kilo que hubieran engordado Gretchen o su madre habría significado para Häschen seguridad en la vida. Pero ni Gretchen ni su madre le hacían este pequeño favor. Ninguna de ellas tenía la menor idea de que para Häschen gordura y armonía estaban estrechamente unidas.

Mädi no se preocupaba gran cosa de la gordura o la delgadez. Su propio peso no era para ella ningún problema, aunque oscilaba constantemente. Mädi cambiaba de tamaño como la luna,

solo que de una manera no tan regular. Mādi comía una barbaridad, pero además tenía muy malos hábitos alimenticios. Tan pronto solo quería pan con mantequilla al desayuno, en el almuerzo, en la comida del mediodía, de merienda, de cena y entre horas, como solo le apetecían pepinillos en vinagre, albondiguillas de patata hasta para desayunar o pan integral sin nada. En las semanas en que Mādi solo tomaba pepinillos en vinagre o pan integral sin nada, adelgazaba. En el período en que tocaban las albondiguillas de patata o el pan con mantequilla, engordaba.

La abuela de Zwettl, así llamada porque vivía en esta población, consideraba la pérdida de peso de Gretchen una grave enfermedad. La abuela de Zwettl era inmensamente gorda y estaba firmemente convencida de que su gordura y salud estaban tan unidas como mellizos siameses, que no pueden vivir el uno sin el otro. Ni siquiera el hecho de que su nieta estuviera delgada desde hacía más de dos años y, sin embargo, no diera muestras de tener ninguna enfermedad disipaba los temores de la abuela. A menudo comentaba suspirando lúgubrementemente:

—Ya aparecerá. Por desgracia. Y entonces os acordaréis de lo que yo os decía. Algunos *viruses* tardan hasta diez años en hacer efecto. Cuando esto ocurra, espero estar ya enterrada.

(Con «viruses» se refería la abuela de Zwettl a los «virus». Las palabras extranjeras no se le daban demasiado bien).

Nota: Quizá sea también digno de mención que Gretchen tenía un par de pequeños tics. Solía rascarse la tripa sin que necesariamente le picara. A menudo se metía un mechón de pelo en la boca y lo mordisqueaba distraídamente. También le gustaba tirarse de los dedos hasta que le crujían los nudillos. Y absorbía por las narices como si estuviera constipada y no tuviera pañuelo, aunque nunca estaba constipada y siempre tenía pañuelo.